

nester añadirlos, pues es necesario suponerlos; y se debería concluir que todos los libros por entero son falsos, y abrir la puerta á todos los absurdos que hemos dicho, porque los milagros son la basa de los libros. La doctrina de las costumbres y la fe de los misterios se apoyan sobre ellos; y si la suposicion entera de las Escrituras parece imposible, la adiccion fraudulenta de los milagros no debe parecerlo ménos.

La incredulidad se deleíta cuando dice que las versiones no son conformes, y que desde los tiempos mas antiguos se disputó en la Iglesia sobre la autenticidad de algunas de las obras que hoy hacen parte de los libros canónicos. ¡Pero qué vana es esta satisfaccion! En quanto al primer imperio muchos no dificultan convenir en que por inadvertencia de los copistas se han podido introducir en la serie de los siglos algunas ligeras diferencias en cosas de poca importancia en algun lugar de las versiones ó copias; pero es indubitable, que en todas ellas se ve el mismo moral, las mismas profecías, las mismas promesas, y los mismos hechos de la historia; que de todos los manuscritos, de todas las traducciones y de todos los libros se saca la misma doctrina, la misma legislacion, la misma fe; que todos sin excepcion nos representan á Jesucristo haciendo milagros, predicando la misma doctrina nueva y sublime, juntando sus ovejas, formando su Iglesia, mu-

riendo en medio de dolores é ignominias, resucitando por su propio poder, enviando á los apóstoles á predicar en toda la tierra, ascendiendo á los cielos, y enviando desde ellos su Espíritu á la Iglesia que entónces comenzaba.

Tambien es seguro que todos refieren uniformemente la predicacion y los trabajos de los apóstoles, las conversiones que hacian, la ruina de la idolatria, el establecimiento de la fe en Jesucristo, la doctrina de la justicia cristiana, su origen, su excelencia y su carácter: que todos anuncian un Dios Criador, un Jesucristo Redentor, un Espíritu Santificador, el mismo bautismo, el mismo sacrificio, el mismo término, el mismo camino para no incurrir en los mismos suplicios reservados á los delitos, y obtener las mismas recompensas preparadas á la virtud. Ve aquí lo esencial: esto es el fundamento y la substancia de todo; y yo quisiera preguntar, ¿qué mas podíamos pedir á la Providencia para estar seguros de que estos sagrados monumentos nos vienen de su mano, y que los tenemos en toda su integridad?

Es verdad que alguna parte de las Escrituras pareció un tiempo dudosa á algunas iglesias particulares; pero qué importa esto á nuestra fe? Si alguna iglesia dudó algun tiempo de la autenticidad de alguno de los libros santos, esto no prueba sino el cuidado y exámen que ponian te-

dos para recibirlos. No se atrevian á decidirse por sí mismos; pero al instante que la Iglesia universal declaraba que era obra de los apóstoles, todos se sometian y los reconocian. Por otra parte basta el verlos para reconocer que estos libros, que fueron dudosos, no contienen nada nuevo, nada contrario á lo que se hallaba ya en los otros libros, que de todo tiempo estaban reconocidos por indubitables.

Queda, pues, probado con evidencia que el Nuevo Testamento es obra de los apóstoles y evangelistas, y que hoy le tenemos tal como salió de sus manos. Por consiguiente nos queda por examinar ¿si estos libros son verdaderos, y merecen nuestra confianza? Para aclarar esta duda deixo aparte todos los títulos que tienen para ser tenidos por inspirados, y no quiero para apreciarlos valerme de otras reglas que aquellas de que la crítica humana se sirve para estimar el valor de los escritos, y el crédito que se debe á sus autores. Y sin seguir mas que estos principios, probaré que no hay libro en el mundo que merezca mas confianza que los evangelios.

Estos libros no son como la mayor parte de los otros. No refieren las invenciones de su propio espíritu. No hacen narracion de hechos pasados en otro tiempo ó léjos de ellos. Solo cuentan sucesos de que fueron testigos oculares, y las mas veces principales instrumentos; en una palabra, he-

chos que vieron ó que hicieron ellos mismos. Por otra parte, en estos escritos manifiestan una razon sana, un juicio profundo, una cordura consumada. ¿Qué mas es menester para que merezcan crédito? La reunion de todas estas circunstancias aleja toda idea de error ó de ilusion.

Supuesto, pues, que no pudieron engañarse, veamos si es de temer que quisieran engañar. Pero yo veo que estos autores no han trabajado de concierto, que no han escrito ni en el mismo tiempo ni en el mismo lugar, y que á pesar de esto estan perfectamente conformes en lo substancial, tanto en la doctrina que exponen, como en los hechos que refieren. Es cierto que en las cosas indiferentes se les observan algunas ligeras diferencias; pero esto mismo es una nueva prueba de que sobre los objetos importantes solo los ha reunido la misma verdad.

Ellos confiesan su ignorancia, su flaqueza y sus faltas con tan ingenua sencillez, que persuaden y edifican. Se dan por lo que son, esto es, por pobres pescadores, que no conocian mas que su barca y sus red es ántes de su vocacion al apostolado. No ignoran que el orgullo es el vicio mas contrario al espíritu del Evangelio, y con todo no ocultan el deseo que tuvieron de distinciones y preferencias, sin disimular que hasta los últimos momentos de la vida de Jesucristo, la ambicion y los zelos produjeron entre ellos disputas y murmuraciones.

Confiesan que todos habian prometido á Jesucristo seguirle hasta la muerte, y que una fuga cobarde y vergonzosa fué la resulta y el castigo de su presuncion. Cuando refieren las tres veces que uno de ellos le negó, no omiten nada de lo que puede hacer mas grave su cobardía y su desvío. ¿Y por qué tanta sinceridad, tanta humildad? ¿Era necesario publicar tantas y tan vergonzosas faltas? ¿No hubiera sido mas útil á la propagacion del Evangelio esconder las miserias de los que debian predicarle? Así hubiera pensado la prudencia humana: hubiera creido que era mas prudente esconder en el silencio faltas y flaquezas, cuya noticia podia desacreditar á sus apóstoles y servir de obstáculo á los progresos de la religion; pero no pensó así el Espíritu divino.

Lo que acaba de imprimir al testimonio de los apóstoles el último carácter de verdad, es el valor y la constancia con que sufrieron la muerte por sostenerla. ¿Se puede concebir que un hombre se deje seducir y se arraigue en su error, cuando se trata de sostener dogmas abstrusos ó máximas especulativas? La educacion, los ejemplos y sus propias reflexiones pueden formarle opiniones fuertes, y darle á su alma sentimientos profundos, y el temor de Dios puede añadirles una fuerza nueva con la aplicacion de este principio general: que todo debe sacrificarse á las ideas puras de la religion; y entónces no es ex-

traño que con mas celo que ilustracion sea uno víctima de su error.

¿Pero cómo se podrá concebir que haya muchos seductores que sin interes ni motivo se propongan hacer adoptar, no una opinion que tienen, sino hacer creer un hecho que ellos tendrian por falso? ¿Que para esto se expongan á todo el rigor de los tormentos, á los horrores del suplicio, á los remordimientos de su conciencia y á los castigos de Dios? ¿y todo esto sin esperar nada por obstinacion tan loca, ántes sí con la certidumbre de ser condenados por la eterna verdad á quien ofenden? Esto seria una especie de delirio que no cabe en lo natural; la historia no presenta ejemplo alguno. Y pues los apóstoles lo sufrieron todo, y sacrificaron su vida por atestiguar hechos públicos y palpables que habian visto, y sobre cuya existencia no se podian engañar, ¿quién puede dudar de su verdad? El que dudare, no busque este error en su entendimiento sino en su voluntad.

Esto es lo que pudiéramos discurrir hablando humanamente; pero ¿qué será si consideramos que estos libros son divinos, y que sus autores fueron inspirados? ¿Y cómo dudarlo, si es verdad, como hemos probado, que son los mismos que los apóstoles escribieron? ¿Qué nos dicen en ellos? Que Jesucristo les prometió una luz sobrenatural, una revelacion inmediata que los dirigiria en

la publicacion de su doctrina. Ve aquí sus palabras (1): „El Consolador ó el Espíritu Santo, „que mi padre os enviará en mi nombre, os lo enseñará todo, y os hará acordar de cuanto os he „dicho.... Cuando el Espíritu de verdad venga, os enseñará toda la verdad; porque no hablará por sí mismo, sino que os dirá lo que ha „oído, y os anunciará las cosas futuras.”

No puede ser mas clara ni mas general la promesa de la inspiracion, y los mismos apóstoles y evangelistas, que aseguran haberla recibido, añaden que ya estaba exactamente cumplida; y por esto á cada paso nos repiten que no son mas que los órganos y los intérpretes del Espíritu Santo, que Jesucristo habla por su boca, que el que desprecia sus palabras desprecia á Dios, con cuyo espíritu se explican. Y el grande Apóstol dice á los de Tesalónica (2): que no se han engañado en oír sus discursos con el mismo respeto que si fueran la palabra de Dios, porque era en efecto su palabra: *Non ut verbum hominum, sed sicut est vere verbum Dei.*

Es, pues, evidente que los apóstoles decían que hablaban y escribían inspirados por Dios; y lo singular es que no solo lo decían, sino que lo probaban. ¿Y cómo? Haciendo milagros. Con una palabra sola en nombre de Jesús curaban todas

(1) Joan. xlv. 26. (2) 1. Thesal. ii. 13.

las enfermedades, sanaban los cojos de nacimiento, mandaban á los paralíticos que marchasen, y su palabra poderosa obtenía todo lo que ordenaba. Hasta la muerte respeta en ellos el imperio absoluto de aquel que se llamó *Resurreccion y Vida*. Penetran los mas ocultos rincones de la conciencia, y el rayo no es mas rápido que la muerte con que castigan la hipocresía y la mentira. Y estos prodigios eran tan públicos y tan frecuentes, que los gentiles los creyeron dioses, y quisieron ofrecerles sacrificios. Esto era demasiado; pero á lo ménos no se puede dejar de creer lo que dicen hombres que hacen estas cosas.

¿Y qué decían? Que todo lo que hacían no lo hacían por su propia virtud, sino por la de Jesucristo: que si ahuyentaban los demonios, si curaban los enfermos, si resucitaban los muertos, y si comunicaban á otros los dones del Espíritu Santo, era únicamente en nombre del Crucificado, y con el fin de persuadir al mundo que Jesucristo es el único Mediador entre Dios y los hombres, y que la religion cristiana es la verdadera. Los apóstoles, pues, estaban persuadidos ellos mismos. ¿Y quién pudo persuadirles sino el mismo Jesucristo? ¿Y cómo no se hubieran persuadido, habiendo contemplado con sus ojos el grande espectáculo de su poder, de sus virtudes y de su doctrina?

Toda la vida pública de Jesucristo desde el

principio de su ministerio hasta la consumacion de su sacrificio, fué una serie continua de milagros. El hombre Dios disponia de la naturaleza como que era su árbitro soberano. Daba vista á los ciegos, agilidad á los impedidos y salud á los enfermos. Al imperio de su voz los muertos salian del sepulcro, y abrian otra vez los ojos á la luz. Mandaba á los vientos y á las tempestades. El mar igualmente sometido le obedecia. Entre sus manos omnipotentes pocos panes se multiplican de manera, que exceden lo que necesita el inmenso pueblo que le signe. En fin, no fuera posible hacer toda la enumeracion de sus milagros. Pero detengámonos á considerar algunos, para sacar las mismas consecuencias que sacó Jesucristo.

El de la multiplicacion de los panes anuncia manifestamente al Criador de todo. El que con tan poco pan satisface á cinco mil hombres, es el mismo que con la misma bondad y el mismo poder satisface todos los años á cuantos viven en la tierra, dando fecundidad á las semillas. Este prodigio nos sorprende ménos, porque es mas ordinario; pero dejando aparte estas reflexiones, no me detengo mas que en aquel milagro, porque si es cierto, él me descubre grandes consecuencias.

Es imposible dudar de su verdad, ni cabe en él sospecha de impostura ni de ilusion. La relacion que hace el Evangelio es natural y sencilla, y no puede admitir engaño, pues se hizo á la vis-

ta y en favor de una muchedumbre inmensa. Los apóstoles sabian bien el pan que habia, y no pudieron dudar de su aumento; pues por sus manos le repartian en el pueblo. Y yo digo que si este milagro es verdadero, se sigue que Jesucristo es Hijo de Dios, y era el Mesías; porque el mismo Jesucristo al tiempo de hacerle dijo que él era el pan de vida, el pan venido del cielo, que da vida al mundo, y el que cree en él tendrá la vida eterna. Pues que dijo estas palabras haciendo aquel milagro, es necesario creerlas.

Jesucristo da vista á un ciego de nacimiento (1). El prodigio fué tan público como innegable. Los esfuerzos que hicieron sus enemigos para obscurecer su evidencia y debilitar la impresion, contribuyeron á darle mas notoriedad y certidumbre. ¿Cuál fué el motivo de esta obra divina? El Evangelio nos lo dice: hacer ver á los hombres que Jesucristo era el Hijo de Dios; excitarlos á creer sus discursos y adorarlos. Pues no se puede dudar del milagro, tampoco se puede dudar de sus consecuencias.

¿Y quién podrá rehusarle sus adoraciones y su fe, si considera todas las circunstancias de la resurreccion de Lázaro (2)? Jesucristo estaba ausente cuando se le dió noticia de su enfermedad, y al instante declara que Dios no lo ha permitido

(1) Joan. ix. 1.

(2) Joan. xi. 1.

sino para manifestar su gloria y probar la misión de su Mesías. Lázaro muere, y habia cuatro dias que estaba ya enterrado. Su muerte es pública hasta en Jerusalem, pues muchos habian venido de allí á consolar á sus dos hermanas. Despues llega Jesucristo, y desde luego anuncia con magestad que él mismo es la Resurreccion y la Vida. Exige que Marta le reconozca por Hijo de Dios vivo, y la asegura que su hermano resucitará, no solo en el último dia, sino de allí á pocos momentos.

Despues de esto se acerca al sepulcro acompañado, no solo de las dos hermanas del difunto, sino de otros muchos judíos que habian traído las circunstancias. Manda que se levante la piedra; da gracias á su Padre de que siempre le oye favorable; le pide que le oiga tambien en aquel caso para instruccion del pueblo que lo mira; y llamando á Lázaro con aquella poderosa voz con que otra vez hizo salir al universo de la nada, vuelve á la vida y á la luz un cadáver que la muerte y la putrefaccion tenian ya desfigurado.

Todas las circunstancias de este hecho manifiestan su publicidad, pues pasó en presencia de tantos testigos. Así no pudieron ignorarle los sacerdotes y los fariseos; y los evangelistas añaden que no pudiendo obscurecer su notoriedad ni soportar su efecto, se determinaron á hacer morir á Jesucristo. Tambien añaden, que el deseo de ver

al resucitado Lázaro, hizo venir muchos judíos de Jerusalem á Betania, y que esta curiosidad, que dió motivo á la conversion de muchos, sirvió tambien para irritar á los sacerdotes contra Lázaro. Ultimamente, dicen que este milagro contribuyó mucho á las aclamaciones con que pocos dias despues fué Jesus recibido en Jerusalem.

Ahora pregunto: si todos estos hechos son falsos, ¿cómo los apóstoles y evangelistas se atrevieron á escribirlos y publicarlos? ¿Cómo los han escrito con tanta simplicidad? ¿Y por qué los describen tan por menor y con tantas circunstancias? ¿Cómo osaron citar como testigos tanto número de personas vivas? Y sobre todo, ¿cómo pudieron esperar que fuesen sus cómplices los mismos que tenian tanto interes en desmentirlos? Porque observamos que no solo los indiferentes y los simples, sino los mayores enemigos de Jesucristo atestiguaban sus milagros.

Es verdad que para destruir su efecto calumniaban el principio. Decian que los hacia en nombre de Belcebú, con una contradiccion tan ridícula, que afirmaban que arrojaba á los demonios con la virtud de su príncipe, como si este le sirviera contra sí mismo. Le improperaban que si daba vista á los ciegos y sanaba á los paralíticos, era profanando el santo dia del sábado; pero estos recursos necios que no podian tener otra causa que el odio y la envidia, eran una confesion manifies-

ta de que no podían negar lo que todos veían, y con ellos certificaban la verdad de los hechos. Su malignidad les daba un grado mas alto de creencia.

Los judíos mas enemigos de Jesucristo se vieron tan convencidos de sus operaciones milagrosas, que esta tradicion se ha conservado en su posteridad, y hoy mismo se hallan vestigios de ella en sus antiguos monumentos. En el Talmud al capítulo XII, dicen que Jesucristo debía este poder á la magia que habia aprendido en Egipto, y al secreto que sabia de pronunciar bien el nombre de *Jehová*. Nosotros no necesitamos de los judíos para saber con qué virtud hacia los milagros. Pero estas ridículas salidas prueban que no podían negarlos, y esto nos basta.

Tampoco los gentiles se atrevieron á negarlos. Celso, que atacó la religion con tanta malignidad y saña, no los negó jamas. Juliano nunca los puso en duda, y solo procuraba disminuirlos dándoles el nombre de prestigios, y confesaba que habia curado cojos y ciegos, que habia ahuyentado los demonios; pero no le parecia que estas fuesen grandes obras ni dignas de memoria. Y si estos implacables enemigos del cristianismo, que estaban mas de cerca de los sucesos, no se atrevieron á chocar contra una tradicion tan general y tan constante, ¿con qué osadía pretenden los incrédulos modernos estar mejor instruidos que ellos, y que su temeridad prevalezca contra diez

y ocho siglos de respeto y de prescripcion?

Los incrédulos nos preguntan: si estos milagros fueron ciertos, ¿cómo no se convirtieron todos los habitantes de Jerusalem y de Judea? ¿Pero cuánto la incredulidad es injusta y ciega! No se espantan ellos de lo que falsamente creen; esto es, de que Jesucristo no haya hecho milagros, y de que sin ellos haya convertido muchos judíos y gran número de naciones; y les parece imposible que con los milagros no hubiera convertido á todos los judíos. Pero debieran advertir que los profetas vieron con mejor luz que la suya, pues predijeron que Israel vería grandes prodigios, y que no obstante su incredulidad seria casi general; de suerte que léjos de que la incredulidad de los judios sea prueba contra los milagros, nos prueba ántes bien que Jesucristo es el Mesias; pues cumpliéndose con ellas las profecías, nos da doble prueba de su divina mision.

Por otra parte, no es difícil explicar el enigma. Los judíos eran como son casi todos los hombres, que no se aplican ni se afanan por apurar lo que no interesa sus pasiones. La verdad por sí misma, cuando no la anima el interes, no les presenta un atractivo bastante poderoso para que la busquen como un bien á costa de muchos afanes. Succederia lo que sucede de ordinario. Los unos, que solo oyeron hablar de estos milagros, ó no los supieron bien, ó no sacaron ninguna conse-